

## 1

## VANESA GARCÍA

OCTUBRE TRAE A VALENCIA las primeras ráfagas de viento frío del otoño, la intensidad de la luz se reduce y da a los rayos solares un tono lechoso que flota sobre los edificios y los árboles. La Avenida Blasco-Ibáñez se llena de estudiantes de las facultades de letras, que caminan por las aceras pisando las hojas secas o se sientan en los escalones de mármol que dan entrada a alguna facultad, pensando en su futuro en el nuevo curso. La ciudad recupera su ritmo normal, después del exilio del verano, la circulación aumenta y la muchedumbre surge de las bocas de metro o se apiña en una parada de autobús, en una actividad frenética parecida a la de un hormiguero.

El otoño de 1994 fue más caluroso de lo normal. Los primeros días de clase los estudiantes aún llevaban manga corta y llegaban a casa sudados después de andar por las aceras recalentadas por el sol de todo el día o viajar en metro apretados contra otros cuerpos.

El día tres empezaron las clases en la facultad de Filología. Fuera, en la entrada, los grupos de estudiantes hablaban y reían en voz alta, animados por el ingreso a la universidad o el paso a un nuevo curso. El porcentaje de alumnos era de cinco chicas por cada chico. En aquellos primeros días era normal que se formasen corrillos de unas cuantas personas, que buscaban nuevos contactos para mantener durante el curso. Los más veteranos simplemente entraban solos buscando con la mirada a sus antiguos compañeros.

La facultad de Filología compartía el edificio con Geografía e Historia, un bloque de los años 70, con estructura de metal y grandes paneles de cristal, algunos transparentes y otros azulados. La escalinata de la entrada era de mármol marrón, y una vez dentro lo que dominaba era el mármol negro y la madera, con un techo en la recepción que llegaba hasta el tercer piso. Todo aquel espacio no dejaba que hubiera muchas aulas, y los alumnos tenían la mayor parte de las clases en otros lugares, como el pequeño Aulario III, un edificio de ladrillo, concebido expresamente para albergar aulas que no pertenecieran a ninguna facultad en concreto (como respuesta a la avalancha de alumnos de los 80), o la antigua facultad de Farmacia, abandonada por sus antiguos moradores para marcharse a un lugar mejor en Burjassot, con la última planta recién reformada, en la que la facultad de Filología tenía asignadas dos pequeñas aulas de sesenta asientos.

El curso 1994-95 fue el tercer año de implantación de los *Nous Plans d'Estudi* (Nuevos Planes de Estudio) y todavía coleaba buena parte del caos que provocaron en un primer momento. Se intentó hacer una organización parecida a la de las universidades norteamericanas, con asignaturas semestrales, el curso dividido en dos cuatrimestres y una gran optatividad de «módulos» (nuevo nombre) para permitir una especialización desde los primeros años. Pero el paso a la práctica de tan bonita idea chocó con una masificación que crecía cada año, unos horarios españoles que tenían dema-

siados días no lectivos y un verano de cinco meses en donde no era físicamente posible dar clase sin aire acondicionado. El resultado fueron estudiantes con horarios de locura, donde algunos días llegaban a tener doce horas de clase, y un número de exámenes que doblaba el de los planes viejos, imposible de asimilar para muchos. Y para redondear la brillante actuación se redujo la duración de las licenciaturas de cinco a cuatro años, con lo que el mantenimiento de una beca era una tarea que exigía dedicación total durante fines de semana y verano. La mayoría de alumnos perdía su beca el primer año por bajar del 80% mínimo de créditos aprobados sobre lo matriculado que se exigía, y casi todos tardarían cinco o seis años en acabar su carrera, que teóricamente debía de durar cuatro. Cada estudiante tenía una matrícula y un horario diferentes. Los primeros podían escoger las asignaturas a su antojo, pero los que llegaban los últimos, después de haber sido relegados a ese lugar por su nota media (en una universidad que presumía de anticompetitiva y solidaria), sólo podían matricularse de lo que quedaba libre, sin escoger asignaturas, con horarios descabalados que abarcaban mañana y tarde para cinco horas de clase.

Vanesa García no sabía nada de esto. Había aprobado selectividad con una nota de siete y medio y había elegido Filología Hispánica como primera opción. Su matrícula había sido tranquila, tuvo uno de los primeros turnos, y eligió sesenta créditos (por consejo de la administrativa que la matriculó), con lo que empezaba su licenciatura a un ritmo de cinco años. Después de su admisión en Valencia, llegó desde Ontinyent para buscar un piso junto a una amiga del instituto de la misma ciudad y otra chica de Alcoy, que era hija de un compañero de trabajo del padre de Vanesa en la empresa de informática en la que trabajaba. Habían oído hablar de una agencia que cobraba un precio fijo por proporcionar direcciones y teléfonos de pisos de estudiantes: la agencia indicaba el lugar exacto del piso en un mapa y las condiciones

de alquiler y los clientes contactaban por su cuenta con los propietarios. El padre de María, la chica de Alcoy, las había llevado con el coche y las acompañó toda la mañana de piso en piso hasta que se decidieron por un quinto de tres habitaciones en el 111 de Primado Reig. Habían visto de todo: camas con colchones de espuma, cocinas con fregaderos formados de placas rectas de mármol, neveras de antes de la Transición, sofás con fundas, televisiones en blanco y negro que sintonizaban los canales con una ruedecita, duchas con suelo de hormigón y sin cortina. Se habían quedado con aquel piso por sesenta mil pesetas al mes, tenía un cuarto de baño decente, con grifos monomando y bañera, cocina con fregadero de aluminio y nevera *combi*, salón con sofá y dos sillones nuevos. Sortearon las habitaciones entre las tres y le había correspondido la más grande, una habitación exterior, con luz natural, un escritorio y un armario de madera de pino y una cama demasiado corta para su metro ochenta y uno de estatura, pero que podría arreglar cambiando el colchón.

Había dormido mal la noche antes, asustada por estar un domingo en un lugar extraño, por ser la primera noche que pasaba en Valencia y por la excitación de su primer día en la universidad. Se había levantado a las siete con ligeras ojeras, un poco nerviosa, se había duchado en veinte minutos, bebido un *brick* individual de zumo de naranja y andado durante veinticinco minutos Primado Reig hacia abajo, para girar luego en Gómez Ferrer, cruzar Blasco-Ibáñez y entrar en su facultad.

Preguntó en la conserjería de la entrada por el aula C-4 y le indicaron que debía subir hasta el cuarto piso, torcer a mano izquierda y andar hasta el final del pasillo. Cuando entró, se sintió impresionada al ver los cientos de pupitres, repartidos en cuatro filas y escalonados de forma ascendente. Parecían todos llenos. Anduvo por la parte de la izquierda, notando las miradas de los demás, hasta encontrar un lugar en las últimas filas.

Había cientos de alumnos, hablando a voz en grito. Gente de los pueblos, que llegaba, como ella, por primera vez a una ciudad y a una facultad, gente de Valencia, que vivía con sus padres y simplemente adoptaba los años de facultad como una prolongación de los de instituto. También alumnos de segundo o tercer año, algunos incluso de cuarto o quinto rebotados de los planes viejos, que no habían repetido ningún curso pero que debían completar sus créditos de primer ciclo, aunque tuviesen convalidados casi todos los de segundo ciclo. Vanesa no habló con nadie, esperó sentada en su lugar, mirando el folio donde había escrito su horario.

Al cabo de un rato entró un hombre alto, de unos cincuenta años, con un traje cruzado gris, camisa blanca y corbata oscura, con un aspecto impecable. Subió a la tarima con aire serio, preparó sus papeles sin decir nada a nadie, esperó a que todos se callaran y dijo:

—Bien, voy a repartirles los programas y discutiremos el temario del curso.

Todos quedaron impresionados por el tratamiento de usted a los alumnos.

Hizo repartir los programas y explicó con todo detalle cada punto del temario. Tenía una cabeza oval, parecida a una pera, la zona del mentón redondeada y una calva que alargaba su frente hasta la mitad de la cabeza, con pelo en la parte superior, muy rizado. Se llamaba Arcadio López-Casanova y todo el mundo lo reconocía por su peculiar nombre de pila. Era gallego, en un principio había conseguido una plaza de profesor en Alicante, pero luego cambió a Valencia, terminó su tesis de doctorado y se instaló en un piso de Primado Reig con su mujer. Allí llevaba veinte años. Había comprado unos años antes un chalet en Ondara, un pueblo cien kilómetros al sur, en la playa, y no volvía nunca a Galicia. Tampoco solía participar en eventos literarios, a pesar de ser un poeta con premios como el de la crítica de Galicia, el Adonais o el muy bien pagado Ciudad de Melilla.

A Vanesa le interesó el aire doctoral de Arcadio. Estaba acostumbrada a los chapuceros del instituto, más preocupados por mantener callada a la clase que por explicar literatura. Se sentía contenta de estar en la facultad, en un nivel más alto, en donde se fabricaba el conocimiento. Se le hizo corta la clase, le interesaba la asignatura (Comentario de Textos Poéticos) y decidió comprar aquella misma tarde los libros de lectura obligatoria para empezar inmediatamente a leerlos.

A las nueve y cuarto tenía clase en la antigua facultad de Farmacia. Bajó rápidamente las escaleras mientras veía que otros alumnos ya habían formado sus grupitos. Le daba pena no haber conocido a nadie, pero esperaba tener tiempo más adelante. Compró un croasán con chocolate en una máquina de la cafetería (no tenía tiempo de hacer cola para comprar un café), cruzó nuevamente Blasco-Ibáñez y giró a la izquierda, pasando por delante del Hospital Clínico y de la facultad de Medicina, para llegar a la antigua facultad de Farmacia (que tenía un inquietante aspecto de edificio viejo y deshabitado, reformado sobre la marcha para meter alumnos que no cabían en ningún otro lugar).

Cuando encontró el aula, no podía entrar. Las sillas de pala estaban todas ocupadas, encontró en el borde de la tarima a varias personas sentadas con una carpeta en las rodillas, dispuestas a tomar así los apuntes de la clase, sentados al pie de la mesa del profesor. Algunos chicos incluso se habían sentado en el suelo, en el pasillo de entrada. Avanzó como pudo hasta el final, buscando un lugar en el suelo donde sentarse. Aprovechó la situación para hablar con una chica pequeña y morena, con el pelo corto con rizos.

—Está muy difícil pillar sitio aquí —le dijo.

—Esto es un desastre, tendrían que habernos dado una clase más grande, ya sabían que no íbamos a caber —contestó con acento barriobajero de ciudad. Vanesa no había oído nunca ese acento más que en la televisión. Sabía que su castellano sonaba con acento valenciano.

—¿Eres de primero? —insistió, intentando iniciar conversación. La morena negó con la cabeza, sin dejar de mirar a su carpeta. No era la primera vez que Vanesa notaba aquel tipo de rechazo: su estatura, su melena rubia y ondulada, sus ojos verde claro parecían ser un insulto para cierto tipo de chicas. No dijo nada más, tampoco había tiempo, una mujer amarillenta y reseca, apurando la colilla de un cigarro, había entrado y vuelto a repetir el ritual de inicio del curso que ya había escuchado antes.

A la una del mediodía ya había tenido cuatro horas de clase, con una hora en medio en la que estuvo en el pasillo sin hacer nada. Una hora en la facultad de Filología, dos en la facultad de Farmacia y otra en el Aulario III. Tenía los pies doloridos dentro de sus botas Doc Martin rojas, que había comprado una semana antes en Ontinyent para empezar el curso. Al salir del Aulario III buscó una cafetería para comer, pasó por una pequeña placita con árboles y suelo de cuadrículas de hormigón y encontró la cafetería de Filosofía, se acercó a la barra e intentó pedir un bocadillo. El camarero le indicó que debía comprar el tíquet en caja primero. Ella miró y vio una cola de treinta personas. Se resignó y esperó su turno hasta que pudo pedir. Salió a la calle y comió sentada en los escalones de la entrada. Sus primeras horas universitarias no eran como las había imaginado, la única sensación que tenía era de soledad y desconcierto. Esperaba conocer gente interesante, clases bien organizadas, lugares para comer. Tenía que esperar hasta las cuatro para la próxima clase, así que fue a buscar una librería. Recordó haber visto una al venir desde su piso, compró un libro de José Brines y otro de Miguel Hernández y pasó las tres horas que faltaban para la clase leyendo poesía.

Las primeras semanas en su nuevo piso de Valencia fueron bastante animadas. Pasaba muchas horas sola en la

facultad, aunque a veces conocía personas que rápidamente perdía de vista, pero cuando llegaba a casa siempre había cosas de qué hablar con sus compañeras, otras chicas que venían a hacer una visita o motivos para salir a algún sitio. Los lunes iban las tres a comprar a un Mercadona cercano, pronto aprendieron a cocinar cosas rápidas y sencillas, sin complicarse mucho, y se repartieron el trabajo de las comidas y limpieza. A diferencia de los chicos, a ellas les gustaba tener el piso impecable. Pero lo más divertido para las tres eran las conversaciones que tenían viendo la televisión después de cenar, tan diferentes de los interrogatorios que solían aguantar de sus padres en casa.

A Vanesa le gustaba el ambiente del piso, había sentido una especie de liberación lejos de Ontinyent. Había empezado a experimentar una verdadera sensación de libertad y autosuficiencia, a salvo de las discusiones con su madre o el mal humor de su padre. Hacía tiempo que en su hogar familiar se sentía encerrada. Su padre llegaba de su trabajo en la empresa, donde dirigía proyectos de *software*, con los hombros cargados por su medio siglo de timidez y remordimientos sin motivo. Era un hombre delgado, alto, de mirada huidiza y pelo muy rubio, en el que las canas casi se confundían con el color natural. Su madre era una mujer regordeta, de grandes pechos, tobillos gruesos y manos de campesina. Vanesa era un reflejo femenino de su padre, tenía el mismo cuerpo fino y largo y la mirada furtiva (aunque ella en verde, su padre en azul), con frente ancha y cejas rectas y bajas. Cuando empezó, tras los primeros días, a encontrarse a gusto en su nueva habitación, pasaba las tardes tumbada en la cama escuchando música con su *walkman*, a veces hasta las diez, sin que entrara su madre de improviso a decirle que debía ir a cenar o que no estaba estudiando.

La relación con sus compañeras era muy buena, según avanzaban los días las conversaciones iban tomando más intimidad, se contaban cosas de su pasado, a veces en el comedor

o a veces en alguna habitación, donde se hubieran reunido por casualidad. María era más extrovertida, contaba siempre anécdotas graciosas, y Esther, la otra, era parecida a Vanesa en su carácter retraído. Las dos de Ontinyent ya se conocían desde hacía tiempo y tenían más confianza, pero María había constituido un buen complemento.

En la facultad no había mucho que hacer, asistía siempre a todas las clases, se cansaba de tomar apuntes sin parar (el método de enseñanza de la mayoría de profesores consistía básicamente en dictar notas que tenían escritas desde hacía años), pero le gustaba salir a las cuatro o las cinco de la tarde y andar despacio por las aceras anchas de Valencia, en los últimos minutos de luz, observando las nubes rasgadas por el viento, con un tono azul oscuro confundiendo con el malva del horizonte, por encima de los edificios de Benimaclet. Miraba con su vista perfecta el fondo de las avenidas, donde la luna podía surgir por detrás de una ristra de semáforos en verde, o las estrellas podían confundirse con las luces de un barrio lejano.

Según iba avanzando el otoño, Vanesa fue haciendo amistades en su nueva facultad. Una cuarentona pequeñita y bien cuidada, que vivía sola en la zona de Mestalla, un chico regordete, de aspecto cúbico, siempre mal afeitado, que le cayó bien por su carácter amable. Recibía la información por aquellas personas, porque solía perderse en el hilo de la clase, imaginando conversaciones o caricias de chicos que no había vuelto a ver. No se enteraba de las fotocopias que había que conseguir para el día siguiente o de la fecha de un control de lecturas opcional que podía quitar materia para el examen.

La facultad de Filología venía sufriendo una decadencia paulatina desde la muerte de Franco. Con la llegada de los socialistas, las preocupaciones de ciertos profesores pasaron

de lo literario a lo político. El departamento tenía una clara querencia por el PSOE y se alimentaba endogámicamente de jóvenes investigadores de la misma adscripción ideológica. Pero esto no significó la llegada de más dinero a la facultad: la explosión económica de la Transición desplazó ya de forma definitiva el prestigio hacia las facultades técnicas. Los *numerus clausus* de la Universidad Politécnica y de las facultades de Física y Química iban subiendo sin parar, recibiendo una avalancha de alumnos cada vez mejor preparados, y las facultades de letras iban dando cobijo (aunque es cierto que en un número también mayor del que podían asimilar) a estudiantes cada vez más mediocres, rechazados en otras carreras o simplemente resignados a convertirse en funcionarios de la enseñanza en un instituto. La proporción de alumnas frente a alumnos crecía de forma exponencial, hasta que a principios de los 90 se situó en cinco a uno. Pero las chicas no llegaron para aportar energía crítica a unos estudios humanistas que se desmoronaban, sino que se limitaron a asimilar dócilmente los caducos métodos de análisis franquistas o las veleidades pseudoprogresistas de algunos catedráticos, para colocarse lo más rápidamente posible en un instituto de alguna ciudad del interior o incluso acabar consiguiendo una plaza de profesora titular, centrándose en una benevolente docencia y dejando de lado la investigación crítica.

La situación que Vanesa se encontró a su llegada a la facultad fue una educación anquilosada en las clases magistrales, dictando y dictando apuntes sin descanso, analizando libros que nadie había tenido tiempo de leer, por la locura de los créditos<sup>1</sup> y expresando opiniones que no eran más que tópicos de un progresismo de chaqueta de pana que hacía años que había desaparecido de la realidad de España.

<sup>1</sup> Un crédito equivale a diez horas lectivas. Los 300 créditos de los que constaba la mayoría de licenciaturas acababan sumando más horas que con los planes antiguos de cinco cursos.

El nacionalismo, a pesar de no llegar a tener ni tan siquiera representación parlamentaria en Madrid ni influencia en el gobierno valenciano, había arraigado en el ambiente universitario. El departamento de filología Catalana era el semillero principal, pero el rectorado veía con buenos ojos la imposición del valenciano como lengua de la universidad (algo que parecía quitar el sueño a muchos que deberían haber estado pensando en atenuar el ridículo que estaban haciendo con los Nuevos Planes) y los otros departamentos, llenos de profesores llegados de otras zonas de España, encontraban en el nacionalismo valenciano una forma fácil de aparentar que sus mentes empollonas habían desarrollado algún tipo de actitud crítica frente al poder. Las organizaciones de estudiantes, AEN (*Associació d'Estudiants Nacionalistes*) y BEA (*Bloc d'Estudiants Agermanats*), una de tipo nacionalista, con inspiración anarquista, y la otra socialista con un progresivo acercamiento al nacionalismo, conseguían victorias en las elecciones de estudiantes con abstenciones del 90%, disponían de dinero para organizar conciertos de infames grupos catalanes o manifestaciones en defensa de la unidad de la lengua catalana y representaban la única actividad cultural estudiantil en Valencia, en medio de una absoluta indiferencia por parte de la gran mayoría de alumnos.

El PSOE agotaba los últimos años de mandato y los agradecidos estómagos que habitaban los departamentos de letras notaban la corbata estrecharse alrededor del cuello. Pensaban, en defensa de sus garbanzos, en la posición blindada que les daba su estatuto de funcionario y en la independencia universitaria que ellos mismos maltrataron mientras cantaban con megáfonos en las manifestaciones o colocaban a sus amigos en las plazas que se iban ofertando.

Arropada entre las sábanas, Vanesa tardaba por las noches en dormirse, su cabeza volaba con planes para el futu-

ro, recuerdos de su día universitario, imágenes de chicos con los que se había cruzado, miradas que volaban en una décima de segundo. Ojos negros, azules, verdes, que se clavaban en ella y salían volando para no volver jamás. Se sentía feliz, en el fondo, aunque la universidad la había decepcionado, veía su futuro como una llanura abierta a cualquier tipo de trayectoria y tenía la sensación de poder cambiar su destino con un golpe de mano, improvisando a cada segundo y confiando en su libre voluntad.

Esa sensación analgésica era la que dominaba en ella aquellos primeros días, mientras circulaba en una virtual burbuja por la facultad. A veces se sorprendía a sí misma perdida en detalles como la pintura de las paredes, las inscripciones de las mesas o la gente que se veía desde la ventana. Era feliz, en el fondo, se daba cuenta de que algo se había roto en su interior, algo que se había soltado y no volvería más. Había iniciado una etapa nueva, excitante, y la única incomodidad era que su cabeza tenía dificultades para frenar al final del día.

Los fines de semana volvía en autobús a Ontinyent. Al salir de las clases del viernes por la mañana, Esther y Vanesa hacían la maleta con la ropa sucia de la semana, fregaban el suelo y después de comer cogían el autobús urbano hasta la estación, y una vez allí esperaban el autobús que las llevaría a su pueblo. A veces pasaban más de tres cuartos de hora esperando. A Vanesa le gustaba comprarse Quimera, una revista de literatura bastante seria, y se sentaba en los escalones que había delante de los andenes. Esther miraba a la gente o charlaba con alguna otra chica de Ontinyent.

El viaje era pesado, el autobús tardaba media hora en salir de Valencia por el sur, luego enfilaba una autovía gestionada los viernes a esa hora, dejaba Alzira a la derecha, se desviaba a unos diez kilómetros de Ontinyent y acababa el

trayecto por una carretera de segundo orden. Vanesa no podía leer en el autobús porque se mareaba, así que siempre tenía preparado un *walkman* con sus cintas preferidas (Alejandro Sanz, Nirvana, The Cranberries). Procuraba dormir, pero no solía conseguirlo, no cabía en el corto espacio que había para las piernas en los asientos y odiaba sentarse al lado de alguien porque no podía soportar los disimulados roces con la pierna de algunos chicos.

A las siete de la tarde aproximadamente, en las horas del anochecer, la vieja Ontinyent aparecía por detrás del rocoso perfil de las montañas. Una ciudad mediana, que siempre fue un pueblo grande pero que había crecido en las últimas décadas. Era un núcleo industrial en el interior, en el extremo sur de la provincia de Valencia, siempre dependiente de Alcoy pero cada vez con más importancia. Vanesa aborrecía el ambiente provinciano de la ciudad pero adoraba los paisajes, con nubes listadas al final del horizonte, montañas de silicio gris, con grandes placas brillantadas por la lluvia y el viento. Veía extasiada, después de una semana entre paredes, el último resplandor del día en territorio ya de Castilla, más allá de Fuente de la Higuera.

Cuando el autobús la dejaba en la primera parada que hacía, en el barrio oeste, Vanesa andaba con su bolsa deportiva por las calles en hora punta, no se cruzaba con nadie por la acera, pero circulaban muchos coches. Todo era tranquilo en comparación con Valencia, había mucho menos ruido, casi nadie andaba por las calles, los coches circulaban más despacio. Llegaba a su casa, un sexto piso en un bloque nuevo (a donde se habían trasladado desde otro piso mucho más pequeño) y su madre la recibía con gran alboroto. Le preguntaba por todo lo que le había pasado durante la semana. Ella contaba lo que quería, pero callaba la mayor parte de las cosas, no le gustaba que la acribillaran a preguntas antes de poder entrar en su habitación y ponerse cómoda. Tenía ganas de ver a sus amigos, volver a tomar el pulso de la realidad de

su vida, tomar otra vez su viejo lugar en el mundo. Le gustaba y le molestaba al mismo tiempo el cariño de su madre, sus preguntas o su alegría exagerada.

Salía con sus amigos los viernes y los sábados por la noche, siempre iban a La Clave, un *pub* bien iluminado, con música comercial, y Tercera Orden, un local más oscuro, donde se pagaba entrada y se podía bailar música *dance* hasta las siete de la madrugada. Siempre bebía vodka con limón, podía beberse poco a poco hasta siete en una noche. Había aprendido a estar borracha sin que se notara, procurando estar al margen de la pista de baile mirando a los demás y escuchando la música mientras disfrutaba del sonido y el alcohol.

Había muchos chicos que la miraban. La mayoría eran más bajos que ella y notaba que les llamaba la atención, pero casi ninguno se acercaba. Ella no se preocupaba por eso, pero su actitud defensiva, su cara seria, abstraída muchas veces, no incitaba a ningún chico a iniciar una conversación. Los veía bailar, beber, pasearse con sus camisas apretadas, sus vaqueros viejos, en arrogantes posturas, pero no era normal que acabaran hablando con ella.

El último fin de semana de octubre estuvo un buen rato hablando con uno.

—¿Te gustan los chicos más bajitos que tú? —le dijo, sin venir a cuento.

—Me da igual —contestó ella, intentando que su voz no sonara torpe por el alcohol. Estaba seria, un poco nerviosa, el alcohol no la convertía en una de esas locas que reían sin parar, sino que muchas veces la apagaba aún más.

—A mí me gustan las chicas más bajas que yo, es como si fueran más manejables.

Conocía aquella opinión, pero le hirió la sinceridad de aquel muchacho. Lo miró y se dio cuenta de que era un poco más bajo que ella, a pesar de que ella se encorvaba ligeramente apoyada en un cajón de madera pintado de negro que normalmente se utilizaba para bailar encima, y él estaba de

pie tan recto como en un desfile militar. Se preguntó si él se consideraba más alto o si solamente quería retarla de alguna forma, o simplemente humillarla. Pegó un buen trago de su bebida y decidió ignorar aquella afirmación. Estuvieron más de una hora hablando, luego él se fue sin insinuar otros encuentros futuros, ni tan siquiera al despedirse.

Al llegar a casa y acostarse estuvo pensando en aquello. No sabía qué pensaban exactamente los chicos acerca de su estatura, pero le gustaba ser alta. Muchas veces le gustaría que un chico más grande que ella la abrazara y la tuviera entre sus brazos, pero no pensaba mucho acerca de la relación de tamaño. Le gustaban las manos fuertes y cálidas, que pudieran tocarla con seguridad, las miradas vivas, que pudieran traspasarla en un momento de intimidad, pero no reflexionaba mucho acerca de la altura de las personas. No volvió a ver a aquel chico, pero alguna vez se acordaba de aquello con un poco de rencor.

Las madrugadas de Ontinyent son frías, no como en Valencia, donde la humedad que trae el mar mantiene las noches moderadamente cálidas. En Ontinyent muchas noches de finales de octubre pueden bajar de diez o incluso de cinco grados. En invierno baja de cero frecuentemente. A Vanesa le gustaba salir de un local y sentir el pinchazo del frío en las mejillas, que se le ponían a veces rojas, igual que la nariz, pero no se resfriaba casi nunca. Se abrochaba hasta arriba su chaquetón marrón y caminaba hasta su casa sola sin ningún miedo por las calles vacías. Muchas veces se iba antes que sus amigas, porque se aburría o se encontraba mal, y otras veces se sentía animada y se alargaba hasta las cinco o las seis de la mañana, ganándose una discusión segura con su madre acerca de las horas de llegar.

El mundo del ocio de noche no le gustaba en realidad, no entendía el impulso de mucha gente por bailar o hacinarse

en locales repletos. Le gustaba la noche en lugares solitarios, en las montañas. Le gustaban también las noches de lluvia en su cama, oyendo el viento entre los edificios. Disfrutaba a veces saliendo en una noche lluviosa y volviendo a casa en el coche de alguien, en una carretera con las gotas estrellándose contra el asfalto, formando una alfombra de salpicaduras. Desde pequeña había sentido atracción por los relámpagos nocturnos, cuando podía ver durante un segundo el hilo blanco del rayo y la silueta de las montañas y las nubes recortadas por un fognazo blanco, como el *flash* de una cámara de fotos.

Luego llegaba el domingo y todo cambiaba, sabía que debía irse a Valencia, preparar su maleta, tomar el autobús al final de la tarde. Procuraba relajarse por la mañana antes de comer, viendo la televisión un rato o leyendo en su cama. A media tarde procuraba salir con sus amigas a algún bar para tomar algo. Se sentía más decaída según iban pasando las horas. La adrenalina volvía a su cuerpo, después de haberse liberado el sábado noche. A las seis de la tarde debía volver a su casa, pensar en organizar sus papeles, la ropa y la cena que se llevaría a Valencia. Su madre estaba estresada siempre con los preparativos, le amontonaba encima de la cama la ropa que debía llevarse, le preparaba pollo frito para esa noche y parte de la semana y le preguntaba cinco veces si olvidaba las llaves o la cartera.

El domingo por la noche representaba la vuelta a la rutina, la parada de autobús, los chicos recién duchados sentados en la acera, las chicas (con novio o sin él) esperando de pie. Vanesa se sentaba en el bordillo, a unos metros de los demás, con sus vaqueros azules y las botas Doc Martin rojas que llevaba todos los días en Valencia. Cuando se lo lavaba, el pelo se le volvía aún más lacio. Sus largas ondas caían por la espalda, se abrían y resbalaban por los hombros. Tenía la costumbre desde niña de recogerse el pelo por arriba con una goma para que no le molestara en la cara.

En la mochila llevaba los apuntes que había pensado estudiar y que no había ni mirado, por supuesto, o algún libro que había apenas empezado. El autobús llegaba tarde normalmente (el incremento del tráfico los últimos años en la Nacional 340 no se consideraba por los que hacían los horarios cada año), el conductor bajaba apresurado, abría dos puertas del maletero, una para los que bajaban en la Plaza de España y otra para los que bajaban en la estación de autobuses. Vanesa bajó los primeros días en la estación, que era lo que conocía, pero se asustó una vez con un chico que pedía monedas y en adelante bajaba en la Plaza de España, luego cogía el autobús 70 y llegaba a su piso unas tres horas después de salir de su casa. El viaje era mucho más silencioso que el del viernes, nadie hablaba, procuraban escuchar el fútbol o música con el *walkman*.

Empezó a sentirse más cómoda en su ambiente universitario, había llegado noviembre, los días eran cada vez más cortos y la ausencia de luz la había ayudado a relajarse un poco. Por las mañanas iba a clase o leía sentada en algún banco de madera del Aulario III o de la facultad. Muchos días se quedaba a comer, iba a la cafetería con alguna compañera, o con su amigo Paco, que seguía engordando.

Después de comer podía ir a comprar algún libro a Tiran lo Blanch (una librería justo detrás de la facultad, especializada en lecturas obligatorias para Filología, un negocio muy rentable y sencillo, que podría haber hecho la universidad si no fuera nula en vista comercial) o intentar coger algún libro en la biblioteca, cosa que podía tardar horas entre buscar en la base de datos con un obsoleto 286 o en los cajoncitos de fichas y esperar a que la bibliotecaria acabara de fumarse un cigarro en la trastienda, cogiera las fichas, bajara al almacén y subiera los libros en una especie de montacargas destartado. Le gustaba de todas formas el ambiente de biblio-

teca, sobre todo por la tarde, la cantidad de libros accesibles y la cantidad de cosas que podían decir, aunque donde nunca entraba era a la sala de lectura, porque la aburría aquel silencio de entierro de los jóvenes «eruditos». No solía encontrar lecturas obligatorias que estuvieran disponibles, esos eran ventas seguras para Tirant lo Blanch<sup>2</sup>, pero podía coger un libro crítico para echar algún vistazo a las materias que le interesaban, antes de que llegara el trabajo de verdad y los montones de lecturas sin ningún interés (de las que ya había hecho una lista) acabaran absorbiendo todo su tiempo.

Cuando salía a la calle, ya de noche, con los ojos cansados de todo el día, miraba el ajetreo de Blasco-Ibáñez, con las luces color naranja que aún se le hacían extrañas, los árboles urbanos ya con pocas hojas, el Hospital Clínico, siempre lleno de muertes y desgracias, y luego circulaba por Primado Reig, una acera mucho más estrecha y una zona más pobre, cruzándose con trabajadores con mono azul o funcionarios que acababan de salir de la estación de metro, sin dejar de andar como un robot, inaugurando esos meses un circuito de *hamster* que recorrería durante los cinco años siguientes.

---

<sup>2</sup> Normalmente las lecturas obligatorias eran de la editorial Cátedra, especializada en la edición de clásicos españoles. Eran libros baratos y bien presentados, que los profesores solían recomendar. Tirant lo Blanch no tenía más que mantener un catálogo amplio de libros de Cátedra, Castalia o Taurus. También podía hacerse directamente con los programas de las troncales de primer ciclo y llenarse los bolsillos de forma fácil, sin riesgo y con un cierto aire de apoyo a la cultura.

## 2

### DAVID COSTA

EL CAMPUS DE BURJASSOT está pegado a la población del mismo nombre, un par de kilómetros al noroeste de Valencia, sin llegar a salir nunca del casco urbano. Desde la avenida de Pío XII se enfila la autopista de Ademuz, tras varias rotondas muy peligrosas, y se toma la primera salida, dejando a la izquierda los estudios televisivos de Canal 9 y encontrando de frente el recinto del campus. La mayoría de los estudiantes solía llegar en el tranvía, que los dejaba en la misma puerta, y otros llegaban en coche y aparcaban en alguna de las explanadas que había alrededor.

Hacia unos años que la universidad había desplazado las facultades de ciencias a aquel lugar para que pudiesen tener más espacio y mejores condiciones. Allí estaban Física, Química, Matemáticas y Biología.

La primera vez que llegó, a David Costa le impresionaron los altos edificios blancos en forma circular, con grandes superficies de cristal oscuro en los laterales, el monumento de hierro y agua del centro de una plaza, toda aquella mezcla

de vegetación y técnica. Imaginaba los laboratorios, que debían estar escondidos por algún sitio, los grupos de investigación, los experimentos al máximo nivel. Había sido admitido en Física y se sentía contento de acudir a aquel campus nuevo y bien organizado, de aspecto norteamericano.

Era ya noviembre y David había encontrado varios compañeros que tenían el mismo interés por la física teórica y los ordenadores que él. Había sacado la máxima nota en selectividad en matemáticas (junto con suspensos en lengua y comentario de texto) y no le resultaba difícil seguir las clases. Estaba interesado en sus nuevos estudios, excitado por el ambiente universitario del que había empezado a formar parte. Disfrutaba acudiendo a las clases, mientras esperaba los exámenes con ganas de demostrar su capacidad.

David era de Denia, se había instalado en un piso de Blasco-Ibáñez con un estudiante de Pedagogía y otro de Ingeniería Técnica Industrial de Villena. Había contactado con ellos por un anuncio en el periódico porque no había conseguido compañeros de piso de Denia. Estaba contento con la habitación de matrimonio que le había correspondido, interior y espaciosa, con suficiente luz pero muy silenciosa.

El primer jueves de noviembre salió por primera vez por Valencia. Sus compañeros de piso habían quedado para jugar a las cartas con unos amigos de su mismo pueblo, también estudiantes, y decidieron salir un rato después. Fueron andando hasta la plaza de Xúquer, que les quedaba muy cerca, sólo dos calles hacia el norte. Era la zona de marcha de los estudiantes de Valencia y el día de lleno absoluto era el jueves. Se acercaron hasta Woody, una discoteca de pago, un poco infantil pero correcta, y compraron bebida barata en un bar que parecía una tienda reformada para aprovechar el tirón de los estudiantes. Compraron «cubalitos» de whisky con Coca Cola por ochocientas pesetas y estuvieron bebiendo fue-

ra, pasándose los unos a otros. David no estaba acostumbrado a beber, tragaba el líquido casi con una mueca de disgusto, pero le gustaba el efecto del alcohol, le hacía sentirse lúcido y hablar más de lo normal. Hacía bromas a sus nuevos compañeros, con los que había entablado rápidamente una buena amistad.

Las calles estaban llenas de chicas vestidas con pantalones apretados, camisas o jerseys muy fijos. Algunas ya llevaban chaquetas de lana o abrigos largos. David estuvo hablando con dos estudiantes de primero que parecían ser amigas de sus compañeros. Le gustaba una de las dos, rubia con flequillo, muy delgada y pálida, con un aspecto un poco desgarbado, en el que sus grandes pechos parecían desentonar. Ella hablaba casi gritando, y él la hacía reír con cualquier broma. No bailaron ni entraron en Woody ni en ningún local. Estaba tan bien en la calle, entre la multitud de jóvenes, que le parecía estar en su pueblo en verano.

Cuando ya eran las cinco, les invitaron a ir a su piso a hacerse una última copa. David iba tranquilo, pensando que subirían a beber algo un momento (no quería más alcohol) y luego se despedirían tranquilamente. Pero cuando llegaron, se sentaron en el sofá y cuando se quiso dar cuenta estaba besando a su amiga. Ella lo invitó a entrar en su habitación y estuvieron juntos hasta por la mañana (sus compañeros de piso ni tan siquiera le avisaron al marcharse).

Había empezado su vida universitaria con un golpe de suerte y se sentía al principio de un camino interesante, donde cada curva o pendiente serían la dificultad que hace más dulce la llegada.

En una aburrida clase de física teórica, a las cinco de la tarde, con el sol entrando casi hasta el final del aula antes de esconderse tras el otro bloque de la facultad, David hizo una pregunta. Estaba escuchando al profesor, un hombre de unos

cincuenta y cinco años, pelo abundante y canoso, una cara bien formada, sin papada a pesar de la edad. Hablaba con un micrófono en voz baja, porque tenía problemas en las cuerdas vocales, con un tono moderado de viejo católico, quizá con camisa azul de Falange bien guardada en casa. David había escuchado cómo el profesor explicaba la Teoría de la Relatividad con gran pasión, presentando como gran conclusión final la unidad de tiempo y espacio, la concepción einsteniana del tiempo como variante del espacio.

David conocía bien la Teoría de la Relatividad, pero no estaba en absoluto de acuerdo con ella. Había leído varios libros sobre la teoría del caos y el experimento de Brown sobre el movimiento de los fluidos. Dudó un momento antes de preguntar, pero como el profesor demandó preguntas con tono amable, levantó la mano y dijo:

—No entiendo el empeño de Einstein en demostrar que el mundo está regido por leyes deterministas, y en considerar cada proceso como reversible, aunque no se puede demostrar esa reversibilidad<sup>3</sup>.

El profesor lo miró con los ojos muy abiertos durante medio segundo, luego recuperó la compostura y habló muy sosegado.

—No sé si usted está muy familiarizado con el cálculo complejo, pero no sólo nos encontramos con Einstein, también sabe usted que la ecuación de Schrödinger es perfectamente reversible y los progresos obtenidos con ella son tan notables como los obtenidos con las ecuaciones de Newton y Einstein. En realidad, el concepto fundamental en Einstein no es que la materia se convierte en energía sino el descubri-

<sup>3</sup> Los físicos hablan de «proceso reversible» cuando son capaces de calcularlo hacia atrás, es decir, que a partir de las consecuencias y teniendo en la mano las leyes universales e inmutables que lo guían, pueden calcular las causas de ese proceso. Eso les permitiría, igual como han desandado el camino, andarlo hacia adelante y calcular el futuro de ese proceso. Ese era el empeño de Newton y luego el de Einstein, y eso es lo que la Teoría del Caos ataca.

miento de que el tiempo, en realidad, está unido con el espacio en una íntima trabazón.

David conocía la ecuación de Schrödinger, aunque no había trabajado todavía con cálculos a partir de ella. Se le ocurrió insinuar la teoría de Prigogine.

—Pero hay teorías como la de Prigogine que demuestran matemáticamente lo impredecible de algunos procesos y el hecho de que sea necesario que exista incertidumbre para que esos procesos tengan lugar —dijo, con cada vez más inseguridad, sintiendo un poco temblor en la voz al final. El profesor sonrió satisfecho de la poca consistencia de las objeciones de David.

—Tenga siempre en cuenta que los procesos probabilísticos son técnicas empleadas a la espera de la confirmación de la ley, que luego dará la pauta fundamental de ese proceso. El objetivo de todo buen físico debe ser superar los cálculos probabilísticos para acceder a cálculos exactos —dijo, un poco demasiado paternalmente. Se había sentado en la mesa, algo que no le quedaba muy bien, porque no era muy alto. David vio el calcetín de algodón y la pierna peluda y delgada al final del pantalón.

—Creo que hay procesos que nunca podrán calcularse, a no ser que utilicemos la probabilidad —dijo, cada vez más nervioso. La gente de la clase se había callado completamente para escuchar.

—Yo espero y deseo que todos los procesos puedan calcularse con exactitud, porque las leyes de Dios son unas y nadie, por muy hábil que sea en cálculos probabilísticos, podrá cambiar eso. —Sonaba un poco enfadado, quizá con ganas de librarse de la incomodidad de las preguntas asustando al alumno.

—¿Puede usted explicar el movimiento de una miga de pan en un vaso de agua?

—La miga de pan se va al fondo. —La clase rió con una gran carcajada, David se puso rojo al momento. Lo que había

querido decir era que los experimentos de Brown demostraron antes que Einstein, y sin recurrir a velocidades inimaginables, que nunca se podría calcular con exactitud el movimiento de una miga de pan lo suficientemente pequeña en un vaso de agua: con paciencia se veía que la miga seguía el camino que le daba la gana.

—Usted ha oído campanas y no sabe dónde —dijo el profesor, encantado de la risa de la clase y de poder seguir con su autoridad intacta.

David lo miró fijamente. Su cara perfecta, que lo hacía parecer más joven de lo que era, sus ojos azules obstinados, tenían una mirada de rabia. Un nudo en la garganta ya no le dejaba decir nada más. El profesor procuró rehuir la mirada incisiva de su alumno.

Fue su primera decepción en la universidad. Pensaba en discutir sus preocupaciones con los profesores, pero estos seguían en sus concepciones, las que los habían colocado en el puesto que ocupaban, y no parecían dispuestos a revisar aquel «lecho de dura roca», como había dicho uno, en el que se apoyaban. David leía muchas veces a Prigogine, Mandelbrot o Poincaré, y encontraba teorías que le parecían más adaptadas a la realidad que los viejos artefactos newtonianos, que pretendían explicar el mundo de una forma tan simple que a él casi le hacía gracia.

Salió del campus con la mirada baja. Se habían reído de él. Al principio eran soplidos por la nariz, que eran la forma que tenían algunos de reírse de alguien, pero luego los soplidos se habían convertido directamente en risas frenéticas. Sus compañeros de clase procuraron no hablar mucho del tema y despedirse cordialmente de él. Esperaba el tranvía arrepentido de haber planteado un reto al profesor, siempre había odiado a los listillos que interrumpían la clase y ahora se sentía como uno de ellos.

Cuando llegó a casa cenó y se metió en su habitación a leer a Prigogine. Estaba seguro de que lo que había dicho era

correcto y quería volver a leerlo para confirmarse a sí mismo que no había «oído campanas y no sabía dónde». La frase fue muy ocurrente, le sonaba en la cabeza mientras repasaba las páginas del viejo manual de termodinámica.

Pronto se dio cuenta de que su carrera no exigía pensar sobre los temas controvertidos y sí mucho trabajo. Tenía mucha facilidad para las matemáticas, lo que le beneficiaba, pero había también asignaturas con libros enteros llenos de teorías que había que aprender, elementos químicos para memorizar, y sobre todo el dibujo, que aborrecía. Fotocopió la mayoría de los libros, porque eran muy caros, y se dispuso a seguir el ritmo de las asignaturas sin perderse. Llegaba a media tarde al piso, no había nadie porque sus compañeros se habían ido al gimnasio o a jugar a futbito, se encerraba en su habitación y estudiaba hasta la hora de cenar. Las láminas de dibujo eran su pesadilla, hacía manchas con el Rotring, se le movía la regla a mitad de la línea y salía en realidad una curva. Su enfado era mayor porque sabía que nunca más iba a utilizar aquellos artilugios desfasados, porque en un nivel más avanzado se hacía todo por ordenador.

Sólo salía algunos jueves, porque los viernes por la mañana tenía clase. Había intentado salir por la noche y levantarse a las siete para llegar a clase a las ocho, pero se sentía demasiado agotado durante todo el viernes, y aún luego debía tomar el autobús para llegar a Denia. Con tanto movimiento, el viernes noche era un suplicio si tenía que volver a salir. Le había gustado el ambiente del jueves noche en la zona Xúquer, pero no podía frecuentarlo sin faltar a clase. Sólo algunos jueves se dejaba convencer para salir si se encontraba especialmente lúcido y con pocas ganas de dormir.

Por eso los jueves normalmente solía preparar la cena, porque los otros dos preferían no cocinar ese día. Preparaba pechugas rellenas de bacon con salsa bechamel (tal y como le

habían enseñado sus compañeros) y cuando ellos se iban fregaba los platos, veía la televisión un rato y se acostaba.

Los viernes eran los días que más le gustaban, tenía sólo tres horas de clase y a las once ya había terminado, iba a la biblioteca a llevarse algunos libros para el fin de semana, tomaba el tranvía de vuelta, arreglaba su maleta y a las tres ya podía estar en Denia, dependiendo de si podía tomar un autobús de los que iban por autopista o si debía coger un coche de línea porque el otro estaba lleno.

Su llegada a Denia solía ser alegre, todo volvía a la modestia de su vida cotidiana, lejos de la grandilocuencia del campus de Ciencias y la facultad de Física. Encontraba a sus amigos reunidos en casa de alguien arreglando pirateos de *software* o jugando a algún juego nuevo que les habían pasado. Él tenía un viejo 486 y ya tenía dificultades para mover algunos de los juegos nuevos, aunque no solía utilizar el ordenador para jugar. Cada uno tenía sus propias batallas que contar, sus amigos Raúl y Sebas se habían matriculado en la universidad de Alicante en Económicas, y Vicente hacía Arquitectura en Valencia, aunque nunca pasaba a verlo por su piso porque cuando se encontraban los dos a solas no parecían tener nada que decirse.

Menos Sebas, todos eran más altos que él. Medía un metro setenta y cada vez se sentía más bajo. Su hermana Olivia era casi tan alta como él, aunque había heredado el rostro poco atractivo de su padre, moreno y regordete. La simple mención de su poca estatura bastaba para que se enfadase. Habría dado cualquier cosa por crecer diez centímetros. Cuando alguien lo humillaba al respecto solía aparentar que no le importaba, pero muchas veces había pasado noches enteras despierto con una especie de remordimiento de conciencia por no haber podido crecer más.

Un jueves después de cenar llegaron los amigos de Villena a jugar a las cartas. Los castellanos jugaban con tranquilidad, hablando en su acento de palabras desgastadas por el uso. David miraba la televisión con la chaqueta puesta por pereza de quitársela, cambiando los canales sin encontrar nada interesante. Los tres de Villena, más los dos compañeros suyos, eran gente afable y alegre, pero con bromas y dobles significados que a veces molestaban. Uno de ellos se había rapado al estilo militar, con el pescuezo casi al cero, otro llevaba gafas pequeñas, un pelo con aspecto sucio y pegajoso (quizá fijado con espuma por la mañana y tocado con los dedos todo el día) y tenía una cara blanca y regordeta. Jugaban encima de la mesa del comedor, habían limpiado las migas de pan y los restos de aceite y *ketchup* con un paño, pero aún estaba algo pegajosa. David no conocía las reglas del juego porque nunca le habían interesado los juegos de azar, de modo que no le importaba haberse quedado al margen de la partida.

Sacaron una botella de ginebra de una estantería acristalada, pensada para poner la mejor vajilla de la casa. Hicieron una mezcla con la ginebra y una botella de Coca Cola que había en la nevera y repartieron vasos.

Al cabo de un rato decidieron que iban a salir por Xúquer. David se levantó sin mirarse ni al espejo y con la chaqueta puesta como tenía salió con los demás a la calle. Era la una de la madrugada, en una noche muy fría. Blasco-Ibáñez estaba vacío y los chavales respiraban el aire húmedo a tres grados, que entraba en sus cuerpos calientes y salía en forma de vaho blanco.

Xúquer estaba menos concurrido de lo habitual. Era una de las primeras noches frías del otoño, con muy pocas personas bebiendo en la calle. Sólo algunos grupitos de chicas entraban y salían de algún local, con las caras enrojecidas y brillantes por el frío y la excitación de una noche de marcha en la ciudad.

David y los villenenses andaban por el centro de la plaza de Xúquer, sin encontrarse con ningún coche. Iban tranquilos bajo la protección del grupo masculino, animados con la ginebra gratuita que tenían en el cuerpo.

Cuando llegaron a Ágora no les hicieron pagar entrada como de costumbre, habían decidido dejar la entrada libre por la escasez de clientes. Una vez dentro, David se sentó en un banco de obra pegado a la pared. Los de Villena bailaban y hablaban animados, divertidos por el gran espacio libre que había aquella noche.

Vanesa había salido con sus compañeras también, después de no poder resignarse a quedarse en casa sola mientras sus dos compañeras se disponían a descubrir el entramado de relaciones sociales que se escondían bajo la apacible comunidad de estudiantes. Vio a David con su chaqueta azul de algodón con capuchino, que se cerraba con una cremallera de aluminio. Se fijó en él por un cierto aire de superioridad que tenía cuando miraba a los demás. Le gustó que permaneciera al margen del grupo, igual que hacía ella. David era diez centímetros más bajo, pero visto desde lejos le había parecido alto, con un cuerpo bien formado y un rostro blanco, de rasgos finos, que parecía estar siempre en otro lugar más agradable, aunque sus grandes ojos azules daban la sensación de estar continuamente escaneando la realidad.

David notó la mirada de Vanesa, a su derecha. Miró con atención y vio una chica muy alta, rubia cobriza, que apretaba hacia adentro los labios, como si los mordiera, demostrando mucha vergüenza. Pensó en una estudiante de letras, orgullosa y poco amigable que seguramente reaccionaría mal ante una autopresentación (aunque no tenía, en principio, ningún interés en ella). Decidió que no iba a mirarla más porque detestaba los juegos de miraditas en las discotecas y no tenía ganas de hablar con una chica tan alta.

Mientras se aburría completamente en aquel lugar, Vanesa pasó por delante de él dos veces, caminando lentamente.

te sin bajar la cabeza. Sentía curiosidad, pero luego se unió al grupo y acabó la noche medio borracho, comiendo una *pizza* de una tienda nocturna mientras andaba con los demás hasta casa.

Las siguientes semanas estuvo ocupado en sus estudios, ni tan siquiera buscaba a sus amigos cuando llegaba a Denia. Además, había estado mejorando sus conocimientos de programación en Basic, empezó a desarrollar pequeños programas en su 486 que en realidad no le servían para nada. Necesitaba un ordenador mejor, habían aparecido los Pentium y cada vez eran más baratos. Los ordenadores personales venían doblando su potencia cada dos años y los nuevos Pentium dejaban a años luz su obsoleto 486.

Muchas veces, mientras estudiaba en su habitación, le venía a la mente la idea de tiempo. Era algo que le ocurría desde pequeño. No era capaz de interpretar el tiempo como variable del espacio, le costaba resignarse a admitir que sus correrías por los campos de naranjos cuando tenía ocho años, su madre joven cogiéndolo en brazos, los primeros días de instituto, estaban existiendo en el mismo momento en el que él, ya casi un hombre, miraba la página del libro. Le era imposible aceptar que su momento presente era la simple posición de un observador, como le pudiese ocurrir a alguien que ve a la persona que ama desde lo alto de un edificio, sin poder hacer nada más que mirar.

Si el tiempo era una variante del espacio y los procesos físicos eran reversibles, el futuro era algo que estaba escrito en algún lugar y todo el devenir el resultado de un complejo algoritmo de programación o de una larga combinación de ajedrez. Pero él veía la realidad hacerse delante de sus ojos, los acontecimientos encontrar su lugar de forma espontánea. El presente le parecía el punto en el que culminaba la evolu-

ción de todo el pasado, desde el infinito indeterminado, construyéndose a cada momento, hasta el infinito.

Muchas veces todas aquellas reflexiones hacían que dejase de estudiar y se tumbase en la cama, pensando en si podría sentirse el tiempo pasar, para acabar abriendo algún libro de informática y olvidándose de un problema que no parecía tener solución.

### 3

#### LA FIESTA DE BIENVENIDA

A MEDIADOS DE NOVIEMBRE se organizaba la Fiesta de Bienvenida. El campus de Blasco-Ibáñez y el de Burjassot estaban llenos de carteles con propaganda, se había traído a unos cuantos grupos valencianos y catalanes (Sopa de Cabra, Els Pets, Obrint Pas) y se había organizado un concierto en los viveros, una zona verde justo al final de Blasco-Ibáñez, según se va hacia el centro.

Vanesa había ido al Servicio de Estudiantes (CADE) a por su entrada gratuita y tenía pensado ir con María y Esther. Estaban ilusionadas con su primera fiesta universitaria, querían conocer a gente y verse en medio de una gran movida estudiantil.

El concierto era en jueves y el viernes no había clase. Las tres compañeras habían quedado con sus respectivos compañeros de clase, irían primero a cenar al piso de unas amigas de Esther y luego se marcharían todas juntas al concierto.

Por la tarde Vanesa estaba nerviosa, se había perdido varias veces en clase, en la explicación inacabable del impresentable de Salvador Pons acerca de la lógica semántica. Cuando llegó a su piso todo estaba animado, sus dos compañeras estaban en el balcón mirando la calle. El balcón del piso daba a la calle Vicent Zaragoza, dividida en dos calzadas por la línea del único tranvía de Valencia. Las vías servían también en la práctica como carril bici para muchos estudiantes que acudían a la Politécnica en sus *mountain bikes*. Al norte del tranvía el barrio se llamaba Benimaclet, al sur Don Bosco, y los pisos se abarataban un par de millones por estar en la acera de enfrente de la suya. Era una calle animada, transitada más por peatones que por coches, porque sólo había un carril a cada lado del tranvía. Por las tardes era un festival de luces y personas, jóvenes cogidos de la mano, algún chico que paseaba a su perro, algún corredor que esquivaba a los demás como podía o ciclistas con braga militar en el cuello. Parecía que el mundo estaba formado de gente de veintitantos años, algunos viejos retirados que tomaban el sol de otoño hasta media tarde y casi ningún niño.

María propuso beber un vaso de vino. Sacó un *brick* de Don Simón rosado y tres vasos. Se sentaron en los sillones, con tanto gusto en la conversación que ni tan siquiera se preocuparon de encender la televisión.

—He visto a Rosa y dice que ellas también vienen.

—¿Ah, sí? ¿No decía que pasaba de fiestas?

—Qué va.

Rosa era la hija única de un conductor que había empezado Derecho llena de entusiasmo y que estaba dispuesta a aprovechar el dinero que sus padres podían darle. Era de Agullent y Vanesa la conocía de haberla visto alguna vez por Ontinyent, aunque la que tenía más intimidad con ella era Esther.

A Vanesa se le ponían las mejillas rojas cuando bebía. Aquella tarde sonreía con los chismes de sus amigas más de

lo normal y mostraba sus dientes perfectos, en la abertura de sus labios oscuros, de un rojo casi morado.

—Me he encontrado a Luis, iba con los de su piso. Habían recogido unas estanterías de un contenedor de basura. Dicen que es para reciclar —dijo María.

—Qué *pringaos*. —Las tres rieron a la vez. Habían llegado a la complicidad y tenían confianza para criticar a los demás.

La pequeñita Esther se había quitado los zapatos y había recogido las piernas encima del sofá. Vanesa no se había quitado sus botas verdes y apoyaba los pies en una silla.

No tenían teléfono en el piso, así que habían quedado a una hora en casa de Maite y no podían avisarlas si se les hacía tarde. Se ducharon las tres, se vistieron con mucho bullicio y a las diez salieron de su piso hacia el pasaje Doctor Bartual Moret, perpendicular a Blasco-Ibáñez, donde las esperaba Maite con las demás.

Pensaban que habría sólo chicas, pero cuando llegaron había también tres chicos, que fueron rápidamente presentados antes de volver cada uno a lo suyo. Vanesa reconoció enseguida a David. Había venido con alguien de Denia que le había convencido para no quedarse en casa en la Fiesta de Bienvenida. David hizo memoria, recordaba la silueta larga de Vanesa y sus ojos de un verde claro, como un tubo de neón.

Pasaron un buen rato sin hablarse, David hacía chistes con sus amigos y de vez en cuando miraba a Vanesa sentada en el sofá, bebiendo sangría en un vaso de plástico. Estaba muy callada, aunque a veces cuando reía su cara parecía transformarse y tomar unos destellos de frescura que sorprendían.

Cuando hubo un lugar libre a su lado durante unos minutos, David se acercó y se sentó, sin saber lo que iba a decir.

Estuvo un rato hablando con ella, le gustaba su voz grave pero melodiosa, con un leve acento valenciano. Vanesa se acabó su vaso enseguida, pero no quiso levantarse a volverlo a llenar. Cruzaba sus piernas, esta vez al descubierto, con medias negras y zapatos bajos. Tenía los tobillos finos y se marcaban claramente los tendones al hacer algún movimiento.

David hablaba más que ella, se giró para hablarle y se encontró de frente con sus ojos: la pupila negra dilatada, el iris profundo tras el brillo de la retina, con pequeñas líneas radiales que distribuían el verde en hilos claros y oscuros, como el relieve de un paisaje rocoso.

Llegaron al concierto, tomado por los grupos de meledudos, algunos vestidos con botas y vaqueros, otros con pantalones militares y zapatillas. Los de las zonas rurales tenían vestimentas más convencionales, con alguna camiseta del movimiento zapatista o una hoja de marihuana pintada, para no parecer vulgares y corrientes. Se saludaban unos a otros con un choque de manos alto, estrechando los pulgares. Los catalanistas eran en el fondo gente muy tímida, con una actitud despectiva hacia la realidad de su país. Eran conscientes de que nadie los votaba pero seguían creyendo que estaban defendiendo al «pueblo». Las elecciones estaban manipuladas, la gente tenía el cerebro lavado, los medios de comunicación sólo obedecían a oscuros intereses económicos, ellos creían ser los únicos que, en los pisos infectos en los que estudiaban, sabían lo que convenía a un país. Los salvadores de la patria tenían las barbas sin afeitar y se iban rascando los huevos por encima de los vaqueros.

La mayor contradicción era que los micronacionalismos se hubiesen desgajado de la izquierda. El sentido universalista y progresista de la intelectualidad del XIX, los esfuerzos de los grandes hombres de izquierda por trascender las dife-

rencias entre los pueblos y aspirar a un proyecto globalizante de modernidad habían dado sus frutos, pero los recogían las derechas. Las izquierdas se enfangaban cada vez más en protestas contra todo tipo de poder, se acomodaban en la simple oposición, resignándose a mirar pasivamente cómo los demás conseguían sus objetivos económicos o sociales. Los pseudoprogresistas se dedicaron a linchar al PSOE, los escombros de la ortodoxia marxista, y desprestigiar todo su entorno. Por todas partes sonaba la frase «daremos un paso atrás para tomar carrerilla», «si no hacen política de izquierdas, es mejor que pierdan las elecciones». El nacionalismo, la expresión del odio por la diferencia, y el conservacionismo cultural, era un movimiento de izquierdas. La dulzaina, las alpargatas de esparto, las paellas colectivas, las tracas, en eso había quedado la izquierda en Valencia. La juventud universitaria participaba del carnaval, con conciertos infames como aquel o manifestaciones donde se pasaban botas de vino de unos a otros (se daban el paseo por las avenidas cortadas, hablaban con los viejos conocidos, bebían vino que habían comprado unos momentos antes en el supermercado y acababan bailando un baile regional en chándal de acetato).

David se quedó mirando aquella pandilla de ineptos, profesionales de la coartada para el fracaso social. Los veía moverse como pez en el agua en los choques de manos, las sentadas en el suelo, liando porros con habilidad, dando palmadas en la espalda a las chicas, que sonreían todo el tiempo. No conocía en el fondo aquella manolería progre, le parecía encontrarse con la España de la pandereta que había visto en la televisión, surgida de sus cenizas y esperando otra vez su victoria al acercarse el siglo XXI.

Se acercó un grupo de chicos y estuvieron hablando con ellos. Había un tipo bajito, con ojeras profundas azules, como de tomar cocaína. Tenía un aspecto encorpachado, con un suéter apretado, zapatillas Nike clásicas de tenis y vaqueros negros lavados a la piedra. Hablaba el valenciano de la

zona de la Marina Alta, donde estaba Denia, y no cambiaba nunca al castellano.

Otro de los recién llegados tenía un desagradable cuerpo largo y encorvado, con una melena castaña muy lacia que tapaba unas entradas prematuras. Se había recogido el pelo por detrás en una coleta baja. Le brillaba la nariz grasienta, como si no se hubiera lavado la cara en todo el día.

Las chicas llevaban prendas anchas, suéters manchados con lejía, pantalones anchos de algodón. Algunas lucían orgullosas un peinado muy corto y con un aspecto parecido al casco de una motocicleta, moldeado con espuma. La mayoría tenían un aspecto relativamente normal y sólo las delataba su valenciano *apitxat* (valenciano con fonemas castellanos) y una pronunciación pija tomada de la televisión catalana.

No solían hacer demostraciones de afecto, no había muchos abrazos exagerados o besos de protocolo.

David se separó un poco del grupo y estuvo observando a Vanesa. Le llamaba la atención que no saludase a nadie, hablando ocasionalmente con sus amigas pero con aspecto de no encontrarse bien en aquel ambiente.

El concierto empezó cuando aparecieron en el escenario cuatro estrellas del *rock* catalán. Hacían una imitación del *rock* anglosajón, con letra en catalán que costaba entender. A veces introducían el sonido de una dulzaina, para añadir el toque folclórico. También tocaron alguna canción de *ska*, para bailar como si se llevaran muelles en los pies.

Era una noche húmeda, el relente reflejaba con la luz de los focos y daba la sensación de niebla. David se aburría y tenía frío, no había bailado ni se había comprado ninguna bebida. Quería seguir hablando con Vanesa, pero ella estaba perdida entre la multitud y, aunque notaba que le miraba, no sabía cómo acercarse a ella. Le sudaban las manos dentro de los bolsillos y notaba la garganta cada vez más dolorida.

Vanesa se había decepcionado, no le gustaba el ambiente y no entendía muy bien qué tipo de concierto era

aquel. La música era bastante mala y esperaba un ambiente más parecido al de su pueblo. Estuvo tomando varios vodka con limón, en vaso de papel, y tenía color en las mejillas y la nariz. Le daba el viento en el cuello y se metía por su chaqueta, pero con tantas sensaciones nuevas no se daba cuenta del frío que estaba pasando. Sus amigas se habían ido a bailar delante del escenario y ella se quedó a un lado de pie, apoyada en un poste de la luz. Vio a David mirando al escenario con atención, como reflexionando acerca de una situación desagradable. Había hablado con él acerca de la universidad y de su pueblo, le había gustado su voz firme y tranquila. Se había sentido muy bien con él y por primera vez en mucho tiempo no se había sentido incómoda cuando la miraban fijamente. Le habían encantado sus ojos azules y sus manos bien formadas. Le estaba rondando la idea de tener otra oportunidad para conversar con él.

Uno de los ex alumnos de su instituto de Ontinyent, al que conocía sólo superficialmente, apareció de improviso y tuvo que aguantar su conversación durante más de una hora. Como estaban cerca del escenario, para hablar había que gritarse a la oreja y le fastidiaba tener que acercarse mucho para hablar con él, aunque al menos había solucionado el problema de la soledad. Era más bajo que ella, llevaba unas gafas redondas y pequeñas, y se peinaba con la raya al lado, como lo peinó su madre para la primera comunión. Estaba igual de descolocado como ella en medio de toda aquella *intelligentsia* porrera. Se llamaba Alfredo Puigcerver y estaba en primero de Derecho. Sus conversaciones en el instituto se habían reducido a un par de preguntas que él le hizo acerca de la asignatura de Literatura (coincidieron en tercero de BUP en la misma clase). Era aficionado a la literatura y se había presentado varias veces al concurso literario que se organizaba. Sólo había conseguido quedar finalista el último año con unos poemas incomprensibles de verso libre. Vane-

sa se había presentado también a aquel concurso con cuentos, sin ningún resultado.

Eran ya las tres y tenía las piernas doloridas. No estaba acostumbrada a zapatos de suela tan fina. Buscó a sus amigas y les dijo que quería irse a casa. Alfredo decidió marcharse solo, porque se aburría también desde el primer momento.

Se marchó por su cuenta, sin esperar a sus compañeras de piso, ellas estaban divirtiéndose mucho con sus nuevos amigos catalanistas, halagándolos con risas constantes y baidando. María había fumado marihuana, tenía los ojos rojos y perdidos y le costaba hablar.

Vanesa salió por la avenida Cabanillas, en dirección a Primado Reig. Iba sola y andaba rápido para calentarse. Sobre todo tenía ganas de quitarse la falda. Se había sentido extraña y aislada en el concierto, aunque ya no la sorprendían las decepciones que estaba teniendo en su vida universitaria.

David pensaba en marcharse a casa, no encontraba la gracia a toda aquella representación y no tenía la más mínima intención de bailar. Sus amigos de Denia conversaban con dos chicas, una morena con el pelo rizado y nariz aguileña y caída, y otra también morena de pelo liso con una cara ancha y brillante, que le pareció muy atractiva.

Cuando la que a él le gustaba estuvo un poco libre, inició una conversación:

—No pareces de Denia —le dijo.

—No —respondió. Había que gritar para entenderse.

—¿Y cómo has conocido a estos?

La chica tenía una sonrisa simpática, con los dientes de arriba un poco separados.

—Los he conocido en clase —le contestó, mirando a los otros por un momento.

David se sintió inmediatamente bien con ella, iba demasiado bien vestida para la norma de aquel concierto: botas al-

tas de piel, falda corta, medias negras, chaqueta de marca. Se había puesto un poco de maquillaje y los labios brillaban entre las luces naranja de la iluminación ordinaria y los focos blancos y azules del concierto. Tenía una pronunciación muy correcta, muy educada, aunque no le costaba gritar si hacía falta. Había un par de colocados sentados en el suelo riéndose frenéticamente. Un par de veces se giró pensando que se reían de ella.

Estuvieron charlando un buen rato. Cuando se cansaron de estar de pie se alejaron unos metros y se sentaron en un banco de piedra.

—No me gustan estas fiestas de la universidad —dijo David—, siempre parece que vayan a ser más divertidas porque son universitarias, pero la gente que te encuentras no tiene más interés que la que hay en otras fiestas.

—Yo diría que tiene menos, ¿has visto a esos de antes? No sé de dónde ha salido toda esa gente. —Habían trabado una inmediata complicidad. Ella tenía las dos manos entre las piernas, para que no se enfriaran.

Estaban en un lugar con poca luz, delante de ellos había una extensión de césped que se perdía en la oscuridad, y el concierto quedaba a la derecha, como un rumor desagradable, por encima del sonido del poco tráfico a aquellas horas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó David, tras recordar que aún no lo sabía.

—Ana —dijo. A David le encantó que no sonriera ni lo mirara, le hablaba con naturalidad. Sus labios brillaban, quizá mojados de saliva, oscuros y bien perfilados—. ¿Y tú?

La temperatura había bajado un par de grados y David notaba cada vez más en la garganta, que le dolía un poco al tragar saliva, que se estaba resfriando. El mármol del banco en el que estaba sentado estaba muy frío y había perdido la sensibilidad en las nalgas. Lamentaba no haber traído una chaqueta más gruesa.

—¿Te gusta el Derecho o es que tus padres te han recomendado que lo estudies? —Sabía que ella hacía Derecho porque dijo que era compañera de clase de sus amigos de Denia.

—Pues un poco de cada cosa, la verdad. Me gusta el Derecho, pero está claro que si no me hubiera gustado lo habría estudiado igual, porque mi padre es abogado y quiere que trabaje en su bufete, así que no me queda otro remedio —dijo riendo.

—Pues menos mal que te gusta, porque si no tendrías un conflicto familiar.

—Más o menos el que tuvo con mi hermano, que estudia Arte Dramático y no se pueden ni ver.

David se dio cuenta entonces de que hablaba con una niña rica (las botas nuevas con aspecto de caras, la chaqueta de Mango). Había conocido a otras personas con dinero, aunque él era un perfecto hijo de clase trabajadora: sus padres sin estudios y con un sueldo inferior a la media. Eso se llamaba, en economía, clase media-baja. Tenía una beca de 300.000 pesetas del Ministerio por residencia y material escolar, aunque esas 300.000 eran más o menos la mitad de lo que gastaba un estudiante pobre en Valencia.

Los ojos marrones de Ana lo miraban con dulzura, tenía un gesto amable, como de ser consciente de tener muy pocas posibilidades de lamentar una decisión equivocada. Le hablaba sin parar, pasándose de vez en cuando por detrás de las orejas mechones de pelo que le caían en la cara. Parecía encantada con su conversación, movía las manos y reía. Otras veces los dos se quedaban en silencio, complacidos de la compañía del otro.

—¡Son las cuatro y media! Dios mío, qué tarde es —Ana exageraba intencionadamente, buscando un poco la broma.

—Sí, para ser jueves es bastante tarde.

Ana se levantó y tiró de la mano de David para que se pusiera de pie. Fueron hasta la salida juntos y ella le pidió que la acompañara a coger un taxi. Cruzaron San Pío V y se

pararon en el Puente del Real. Ella lo había cogido de la mano mientras andaban, lo más despacio que podían.

—¿Esperamos aquí a que venga un taxi? —dijo Ana.

David sabía que no podía esperar mucho, podría llegar un taxi y ella subirse, con una despedida simpática y una mueca de desprecio por su indecisión nada más subirse al coche. Le pasó una mano por la mejilla y el cuello y la besó, despacio.

David vio cómo pasaban un par de taxis sin que ella tuviera la más mínima intención de dejar de besarle. No pasaba nadie por la calle, estaba apoyado en la baranda de piedra del puente, pero ya no sentía el frío.

—Bueno. Al próximo taxi me marchó, ¿vale? —le dijo, muy bajo, mirándole a los ojos. Estaba tan seria como una cirujana.

—Vale. —No ganaba nada con alargarlo, sólo quería quedar para otra vez con ella, con más comodidad—. ¿Nos veremos otra vez?

—Espero que sí. Yo salgo a veces por Xúquer...

—Pero eso no es quedar. Yo quiero quedar para otra vez. Ella se rió.

—Yo también, la verdad —concedió—. Dame tu número y te llamaré, seguro.

—Joder, es que no tengo. En el piso no tenemos.

—¿Vives con tus amigos de Denia?

—No, con unos de Villena, unos tíos simpáticos pero un poco raros —dijo, aunque dándose cuenta de que no había tiempo de contar sus problemas con sus compañeros de piso.

—Mira, te voy a dar el mío, porque tengo muchas ganas de volver a verte. Pero llámame, ¿vale? No me defraudes. —Se quedaron los dos en silencio, muy cerca pero sin tocarse. Era un poco más baja que él, tenía una cara radiante, en medio de la noche y la iluminación amarillenta del puente.

—Vale, dímelo.

—Pero no tengo boli ni papel, ¿tú tienes?

—No, pero lo recuerdo de memoria.

—Ahí, esa memoria —sonreía, como retándolo—, luego lo apuntas cuando llegues, ¿eh?

Le dio el número, cifra a cifra, preguntándole si las iba asimilando.

—Ya lo tengo memorizado —le dijo. Ella estaba encantada con su seguridad.

Un taxi apareció al principio del puente, con la luz verde encendida. David lo vio antes que ella.

—Ahí viene tu taxi —le dijo.

Ella sonrió, se separó de él y le hizo el alto con la mano. Cuando estuvo parado abrió la puerta y le dio un corto beso de despedida.

—Bueno, hasta pronto. —Parecía divertida con todo aquello.

—Hasta pronto, Ana. —La puerta se cerró y el taxi desapareció por la Plaza de Tetuán. Se puso a andar en dirección contraria, para enlazar con Blasco-Ibáñez, cruzar a la otra acera por la facultad de Farmacia y recorrer la avenida de parte a parte hasta el cruce con Manuel Candela.

Cuando llegó a su piso pasaba de las cinco, se acostó en la cama con una sensación muy agradable, aunque estaba seguro de haberse resfriado.

## 4

**ALGUNAS COSAS SE HAN ACABADO**

ERAN LOS ÚLTIMOS DÍAS de noviembre y a Vanesa empezaban a pesarle las semanas en Valencia. Desde el mismo domingo por la noche ya tenía ganas de regresar a Ontinyent. El clima valenciano es muy seco, pero la época de lluvias es durante el otoño. Llovía muchos fines de semana y Vanesa aprovechaba para quedarse en casa. Leía las lecturas obligatorias, novelas latinoamericanas o teatro del Siglo de Oro (la poesía se la guardaba para el final) con una pequeña estufa eléctrica encendida en su habitación. Le gustaba ponerse unos gruesos calcetines blancos y mallas de lana. Acercaba un sillón que tenía a la ventana, para buscar la luz, y se pasaba cuatro o cinco horas leyendo allí. Muchas veces odiaba los libros que debía leer, pero le encantaba el hecho de estar estudiando literatura en la universidad. Cuando repasaba los programas de los cursos, los títulos de las asignaturas que aún le quedaban por cursar le sugerían lecturas atractivas y clases interesantes.

Noviembre se escurría por entre las montañas, y la semana en Valencia era un suplicio para ella. Detestaba los viajes en autobús, el ruido y la contaminación de la ciudad, su piso pequeño y ruidoso, las caminatas por las aceras y los pasos de cebra, las colas para tomarse un café, los pesados que querían que cogiera un papelito de publicidad. En Valencia todo era pequeño y mezquino, siempre había que apretujarse contra alguien para poder pasar, no cabía en las sillas de pala de la facultad, se le salían los pies por debajo de la cama. No soportaba ver a los tullidos sentados en el suelo pidiendo limosna, o a los jóvenes *yonkis* intentando vender un paquete de Kleenex a un señor en un Mercedes que ni los miraba. No sentía simpatía hacia los *yonkis*, pero mucha menos hacia los Mercedes. El contraste entre la opulencia y la pobreza extrema, en una misma calle, era algo de lo que había oído hablar pero que no había visto con sus ojos. La gran ciudad le ofrecía el aspecto de un vertedero desordenado, una mezcla irracional entre la seda y los harapos, un laberinto frenético lleno de gente ingenua que vivía hacinada en sus pisos y apenas era consciente del desgaste físico y psicológico que sufría año tras año.

España se preparaba para el inevitable cambio de poder, el PSOE se desayunaba cada día con un nuevo escándalo de corrupción. La fortuna de Roldán, el director general de la Guardia Civil, amasada con fondos reservados del CSIC, la guerra sucia contra ETA, terrorismo de Estado en toda regla, o incluso los rumores de una financiación ilegal del mismo partido hacían al gobierno socialista desclavar las piquetas de unas tiendas de campaña que en algún momento les habían parecido firmes edificios de mármol. La situación económica era también alarmante, con un nivel de paro cercano al 23% de la población activa, aún mayor entre los jóvenes, los tipos de interés repuntando hacia arriba desde hacía años y la inflación resistiéndose a bajar del 4%, a pesar de que el consumo se había desmoronado. Además, el déficit público

se había situado ya en 50.000 millones de dólares. Los socios catalanes del gobierno, *Convergència i Unió*, amenazaron con retirar su apoyo al Ejecutivo, que gobernaba en minoría desde hacía más de dos años, y aconsejaron la convocatoria de elecciones. Felipe González se disponía a plantar cara a la derecha de Aznar sin más aval que su impresionante capacidad oratoria y los buenos ratos que había hecho pasar a muchos en la Transición.

España era una acampada que se acaba, el otoño también se acercaba a su fin y Vanesa había empezado una etapa importante en su vida con una de las mayores decepciones que había sufrido nunca.

Su principal preocupación eran los exámenes, su padre le recordaba siempre que en los primeros años de carrera es donde uno se juega su futuro, que un mal resultado al inicio marca siempre toda la carrera. Ella asistía a todas las clases, aunque con mucho aburrimiento, apuntaba todo lo que dictaban aquellos señores subidos en su estúpida tarima, compraba los libros obligatorios y los leía tomando notas para recordar el argumento en el examen. Sabía que no debía disfrutar las lecturas, sólo le preocupaba el argumento, no detenerse en descripciones, únicamente lo que alguien pudiera preguntar en un control de lecturas, aunque no estaba muy segura sobre qué se exigiría exactamente en aquellos controles.

En Ontinyent sentía menos la tensión de los exámenes, durante los fines de semana trabajaba tranquila en su habitación sin presionarse mucho. Le gustaba el otoño y a veces miraba por la ventana de su habitación la lluvia oblicua golpeando el asfalto, algún coche de vez en cuando pasar salpicando las aceras. Podía ver la línea del horizonte, hacia el oeste, las montañas de Castilla, el perfil irregular y casi imperceptible de la montaña de roca gris desnuda, el azul ceniciento del cielo entre las delgadas nubes moradas. La lluvia difuminaba los contornos del paisaje, como una miopía que ella no tenía, y daba un aspecto irreal a todas las cosas. Le

costaba mucho concentrarse en la lectura cuando llovía porque descorría la cortina que tapaba la ventana y se quedaba siempre mirando.

Era el último sábado de noviembre, había quedado con su amiga Anabel, una de las de su grupo, para dejar que se grabara dos discos de REM. Pensó en llamarla y decirle que no podía ir, porque no dejaba de llover, pero a las cinco de la tarde había amainado un poco y tenía ganas de salir de casa. Anabel no había aprobado COU y se había tenido que quedar en Ontinyent un año más. Se quedó muy afectada por aquello, sólo dos asignaturas la habían separado de la universidad, aunque era verdad que aun en caso de haber podido hacer selectividad en septiembre sólo habría podido optar a alguna carrera de Humanidades.

Se puso un chubasquero con forro interior color púrpura y salió a la calle con el paraguas plegado. No había casi nadie por la calle, después de la lluvia todo parecía resplandecer de nuevo, incluso la vieja y provinciana Ontinyent.

Llamó al telefonillo y le contestó la misma Anabel. Subió por las escaleras porque vivía en el segundo, se saludaron en la entrada y fueron directas a la habitación. Anabel había comprado dos cintas de caset vírgenes para grabarlas con los CD.

—¿Salís allí los jueves? —preguntó Anabel.

—Sí, he salido, pero poco, no te creas. El viernes tengo clase.

Anabel quería saber todo lo posible sobre la vida en Valencia, imaginaba una vida de grandes diversiones, posibilidades de conocer a gente interesante y oportunidades abiertas para el amor. Anabel y Vanesa eran vírgenes. La primera nunca había tenido a nadie que se interesara por ella: demasiado morena, con los dientes amarillos y desiguales, y la frente muy pequeña.

—Cuando vaya saldré todos los jueves, me haré un horario sin clase los viernes —dijo Anabel.

—Si te dejan elegir, claro.

—Claro —dijo. Apenas podía disimular los celos hacia Vanesa y su actitud tranquila, que le parecía de superioridad. El hecho de que llegase de la universidad y aparentase no darle importancia a lo vivido allí durante la semana le ofendía. La rutina en el instituto le estaba empezando a cansar, la mayoría de los chavales eran más jóvenes que ella y apenas le prestaban atención.

Pusieron a grabar los CD. Vanesa se sentó en la silla del escritorio y Anabel se tumbó en su cama.

—¿Hay tíos buenos? —preguntó Anabel de repente.

—Buff. No sé qué decirte. —Pensó en David, al que no había vuelto a ver desde la Fiesta de Bienvenida pero no quiso decirle nada. Al fin y al cabo, era evidente que Anabel estaba celosa y no hacía falta machacarle más hablándole de alguien como David. No le gustaba tener aquella conversación con Anabel porque sabía que luego murmuraría con sus amigas de Ontinyent sobre ello. Cada cosa que dijera podía ser mal utilizada por su amiga, gran experta en el control de las demás personas. Todo lo que se organizara en el grupo tenía que pasar por ella, y si boicoteaba a alguna, todas se volvían en su contra—. Igual que aquí, la verdad. Son los mismos tíos los que de aquí pasan allí, no cambian.

—Ya, pero habrá tíos de otros sitios, yo qué sé.

—Supongo que son de otros sitios, yo he conocido a unos cuantos de clase, pero son iguales que los de aquí.

—Claro, igualitos. Aquí no hay más que pringaos, ¿no los ves con esas chaquetas vaqueras que les vienen grandes, haciendo como que saben fumar cuando pasamos?

Se rieron las dos. Anabel creía que intentaban impresionarla a ella, aunque de hecho para los chicos del instituto era perfectamente transparente, y sólo Vanesa llamaba la atención.

—El año que viene ya me lo contarás —dijo Vanesa. No pensaba darle la satisfacción a su amiga de decir que no le había gustado la universidad, después de haber luchado tan-

to por llegar a ella. Prefería que sintiera celos a que se riera de ella y de sus problemas para relacionarse con gente en la ciudad.

—¿Vas a tener un sitio libre en el piso? —le preguntó Anabel. La mayoría de estudiantes a punto de acabar COU tenían la idea de que les iba a costar mucho encontrar un piso en Valencia, de igual forma que creían que ligar les iba a resultar fácil. No consideraban que en lo primero uno pagaba, y eso facilitaba las cosas mucho, y en lo segundo no eran más que pueblerinos sin experiencia sexual, con lo que sus primeros escauceos amorosos en algunas ocasiones tenían que esperar durante unos cuantos años.

—No lo sé, de momento estamos bien las tres y tenemos tres habitaciones. Pero si hay algo ya te lo diré. —Habría inventado cualquier excusa ante la perspectiva de compartir piso con Anabel y tener metida en casa a una especie de departamento de comunicación que divulgaría por Ontinyent todo lo que ella hiciese. No le tenía un especial rechazo, pero la consideraba parte de otra época suya y prefería que siguiera siendo una amiga del pueblo y no tener que verla también en Valencia.

Se había puesto a llover otra vez. Los CD ya estaban grabados, pero Vanesa no podía irse a casa con aquella lluvia, porque además venteaba mucho.

—Me voy a comprar un ordenador —dijo Anabel.

—¿Para qué?

—Para pasar trabajos, jugar a juegos, y cosas de ésas. Voy a ver si me compro uno de los Pentium que han salido, me han dicho que son muy buenos.

—No lo sé. Cómpratelo, y si te va bien ya me lo compraré yo.

—Claro —respondió, intentando sonreír pero con una mirada de desconfianza. La experiencia de Vanesa era nula, no había ni encendido el ordenador de su padre. Le parecía un aburrimiento lleno de matemáticas (y detestaba las mate-

máticas). Querían olvidar el tema de la universidad porque eran conscientes de que se hacían daño mutuamente.

Estuvieron un rato hablando en la habitación, pero cuando la lluvia amainó un poco Vanesa se despidió de su amiga sin querer quedar para la noche porque no se encontraba con ganas (ni de salir ni de aguantar bromitas sobre su nueva condición de universitaria) y salió al frío de la calle. Había anochecido ya, la ciudad se preparaba para un sábado noche pasado por agua. El tráfico era algo más intenso de lo habitual, pero muchos coches se detenían a hablar con alguien que iba por la acera. Todo era más informal que en la ciudad, la velocidad del tráfico mucho menor y las aceras, estrechas, estaban desiertas.

No era muy aficionada a salir los sábados. Le gustaba divertirse y beber, pero no sentía la necesidad de salir cada fin de semana. Muchas veces prefería quedarse en casa viendo la televisión o buscando lecturas interesantes entre los libros de sus padres. Disfrutaba a veces estando sola en casa por la noche, quedándose hasta las tres viendo programas extraños. Sus padres volvían y se la encontraban viendo alguna película en blanco y negro en versión original o algún programa de ciencia divulgativa traducido del inglés.

El domingo se levantó pronto, no tenía ganas de quedarse en la cama, a pesar de que normalmente le costaba mucho levantarse. Estuvo viendo en la televisión las retransmisiones deportivas e incluso la misa acostada en el sofá. Había dejado de llover y brillaba un deprimente sol de domingo. Su padre la saludó antes de salir, seguramente a comprar el periódico o pasar el aspirador al coche. Su madre estaba en la cocina cortando tela con patrones de una revista para hacerse una falda.

Sus amigas no la habían llamado por la noche para intentar convencerla de que saliera, ni tan siquiera para infor-

marse de por qué se quedaba en casa. Se daba cuenta de que empezaban a olvidarla, que sin ella el grupo seguía funcionando exactamente igual y que la marcha a Valencia de algunas era el comienzo de una dispersión definitiva. Y aunque esto no le importara mucho, le hacía sentirse insegura hacia el futuro, era consciente de que el vacío que había surgido iba a tardar en llenarse.

—¡Vanesa! —Su madre gritaba desde la cocina con su voz aguda y rasgada.

—¡Qué! —le contestó desde el sofá.

—¿Por qué no vas y compras el fascículo, que ayer se me olvidó? —Su madre siempre hacía alguna colección de fascículos. Tenían en casa una enciclopedia de animales, un tomo de dos mil páginas de «historia visual» que eran unas cuantas ilustraciones con textos para niños de EGB, una enciclopedia «de apoyo en los estudios» que compraron para ella y que jamás había leído, una guía de la perfecta ama de casa de cuando su madre era soltera. Tenían colecciones de tomos de todo tipo, la más importante era la enciclopedia Larousse, que había comprado su padre, pero a su madre le encantaba coleccionar fascículos en los suplementos de fin de semana de los periódicos.

—Venga, ve, así tomas el aire, que estás muy encerrada aquí dentro. —Era algo que le decía muchas veces. Todo el tiempo estaba pendiente de ella, quería controlarlo todo. Vanesa estaba segura de que a su madre le habría gustado tener más hijas. Ella nació en el 76, cuando sus padres se acababan de casar, pero luego no vinieron más (Dios no los trajo, según parecía) y en aquel momento ya era imposible que su madre se volviera a quedar embarazada.

Como sabía que su madre no iba a dejarla en paz hasta que fuera a comprar el fascículo, se levantó y se fue a su habitación, se puso unos pantalones de chándal del equipo de baloncesto del instituto, zapatillas y suéter y cogió las tres monedas de cien pesetas que le dio su madre.

No había ningún joven por la calle. El asfalto estaba seco, sólo quedaba algún rastro de humedad en algunas zonas sombrías. En el quiosco no había más que niños comprando golosinas y viejos que leían las revistas allí de pie sin comprarlas. Compró el fascículo, un paquete de celofán de medio metro cuadrado, con un suplemento dominical, un fascículo de una enciclopedia de la salud, otro suplemento de cómics de humor, otro suplemento de pasatiempos y varios folletos de publicidad.

Salía con el paquete debajo del brazo cuando se encontró a su antiguo entrenador de baloncesto. Era un tipo bajito, de unos treinta y cinco años, con poco pelo en la cabeza, barba negra bien recortada, con algunas canas. En el equipo siempre habían estado convencidas de que aquel tío no había jugado jamás a baloncesto. A veces mientras entrenaban le miraban el paquete y parecía tener un dátil apuntando en el pantalón de acetato. Vanesa había dejado el equipo a final de curso, cuando acabó la liga femenina provincial. Le dijo que no podría seguir entrenando porque estaría en Valencia y que prefería dejarlo, pero la realidad era que estaba cansada de hacer viajes en autobús los sábados por la tarde y entrenar por las noches al descubierto. El baloncesto era algo del pasado y no quería que nada la atase a él.

—Hombre, Vanesa, te estuve llamando a casa el otro día y me dijo tu madre que no tenías teléfono en Valencia. Quería hablar contigo. —No sabía nada de aquella llamada, y menos que su ex entrenador tuviera esa necesidad de localizarla en Valencia.

—No lo sabía, no me ha dicho nada mi madre.

—Este año el equipo se ha quedado casi sin jugadoras, os habéis ido a la universidad las que llevábais el peso y no hemos ganado todavía ningún partido. —Por más esfuerzos que hiciese, no le importaban en absoluto los problemas deportivos de su ex entrenador, teniendo en cuenta la cantidad de exámenes y de lecturas que se le avecinaban. Además, en

aquel momento las interminables horas de entrenamiento y de viajes para jugar los partidos le parecían tiempo perdido—. Si no nos ponemos las pilas pronto vamos a bajar de categoría. Necesitamos algún refuerzo, y a lo mejor tú podrías volver a jugar. No me importa si no te entrenas, tú y yo sabemos que tienes más nivel que las otras. Si alguna se enfada por no jugar y que tú juegues sin entrenar, ya le diré algo, pero no creo que haya ningún problema. —Muy posiblemente hubiese problemas incluso para reunir a cinco jugadoras el día del partido (sábado por la mañana a 50 km. de casa). El ofrecimiento de jugar sin entrenar no la emocionó mucho.

—No sé, a mí me gusta jugar, pero ahora tengo mucho que estudiar, tengo mucho trabajo.

—Hombre, pero un rato por la tarde el sábado sí que tienes. Yo no quiero presionarte —ya lo estaba haciendo— pero es una pena que dejes así este deporte. Tú podrías hacer algo. No te voy a decir que vayas a ser una profesional, pero el baloncesto femenino está subiendo mucho, nuestra liga cada vez es más competida, por eso perdemos partidos, hay cada vez mejor nivel.

La liga provincial de baloncesto femenino era en realidad una organización de unos cuantos amigos que entrenaban a las muchachas por afición y que recibían subvenciones de los institutos (por medio de la *Generalitat*). El problema del deporte femenino era que a partir de una cierta edad una chica dejaba de interesarse por la agresividad y buscaba otros alicientes en su vida. Vanesa, simplemente, estaba harta de jugar, no disfrutaba disputando las pelotas ni recibiendo gritos desde el banquillo. Tampoco le gustaban los tiros libres, con todo el equipo (no solía haber público) mirando cómo sus manos botaban la pelota antes de lanzarla hacia el aro. Había fallado varios tiros importantes y las demás apenas habían podido disimular su enfado. En su corta trayectoria universitaria había aprendido ya que la vida se encargaría de

proporcionarle suficientes momentos de tensión como para que no necesitara ir a buscarlos a ningún otro sitio.

Se libró de su ex entrenador como pudo, disculpándose pero dejando claro que no valía la pena insistir. Su cara de decepción no le ocasionó ningún remordimiento.

Volvía a su casa con el fascículo, sintiéndose un poco culpable por haber rechazado la oferta. Había algo que la ataba a su pasado en el instituto, el cambio radical que le habían prometido al ingresar en la universidad no había aparecido por ningún sitio. Sólo le parecía perder el contacto con la realidad por todos los días que pasaba en Valencia. Mientras ella pasaba horas y horas en clase, sentada en un banco o leyendo en la biblioteca, su antiguo instituto y su ciudad seguían su ritmo normal, nuevas alumnas o jugadoras entraban para vivir lo mismo que ella había vivido. Era como haberse quedado fuera de un mundo para haber entrado en una habitación completamente vacía. Sabía que no podía mirar atrás, que el cambio era irreversible, y sólo esperaba que las esperanzas que se había hecho sobre la universidad en cuatro años de instituto fueran apareciendo delante de ella en el nuevo año.



## 5

## INTERNET NO ES BASIC

LA SITUACIÓN DE DENIA junto a la playa le permite tener una temperatura mucho más estable. En otoño apenas baja de los quince grados de día, manteniéndose por la noche en unos cómodos diez grados. David seguía con sus amigos de toda la vida, arreglando pirateo de *software* o iniciándose en un juego nuevo. Jugaban en sus 486, pero también hacían juegos de rol con fichas y dados sentados en una mesa.

David había llegado desde Valencia, con la cabeza llena de preocupaciones acerca de sus asignaturas de física, y se encontró a sus amigos, que también habían ido cada uno a su facultad, con el mismo juego de rol que habían empezado durante el verano como si nada hubiera cambiado.

—¿Cuánto dinero me queda? Me compro una armadura de fuerza cinco y mato todos esos elfos de Javier ahora mismo.

Jugaban absortos, sin pensar en la vida real durante varias horas. No comían ni bebían nada, sólo escuchaban música, aunque discutiendo todo el tiempo sobre qué CD poner.

—Ahora te puedes bajar todos los parches para Windows 3.1 por internet —dijo Luis, un chico de mediana estatura, pelo largo con la raya en medio, y una nariz cuadrada, como moldeada con un escoplo. Trabajaba en un concesionario de Volkswagen y su empresa había comprado un Pentium de los nuevos y lo había conectado a internet.

—¿Tú te los has bajado?

—Sí, no tarda nada, en veinte minutos los tienes. Yo la mayoría ya los tengo, pero me faltaban algunos. Hay *backdoors*<sup>4</sup> que se han descubierto hace poco, y ahí ya tienen los parches.

—Creo que los parches estaban antes que las *backdoors* —dijo David.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que va a salir Windows 95 y quieren que Windows 3.1 parezca un programa con fallos que en el 95 ya no estarán.

—Pero si hay esos agujeros está bien que den los parches. Si quisieran joder no los darían.

—Si no los dieran no te enterarías del agujero, aparte de que parecería que no se ocupan de ti. El 90% de las copias de Windows 3.1 son piratas, eso lo sabes tú mejor que yo, que eres el que las piratea, y el 95 lo vas a tener que comprar, a no ser que quieras esperar unos meses. Un programa se quemaba por el pirateo, no porque ya no sirva, sino porque ya no se gana dinero con él y hay que sacar uno nuevo con cuatro chorradas más, pero también hay que hacer circular el rumor de que tiene *backdoors* y de todo, para que se compren el nuevo. Yo me juego lo que quieras a que muchas de esas vul-

---

<sup>4</sup> Una *backdoor* es una debilidad en un programa que permite que alguien se cuele en un sistema operativo por el módem y maneje el ordenador como si fuera su dueño (normalmente para hacer daño). Un virus puede abrir una *backdoor*, pero normalmente los mismos sistemas operativos ya tienen fallos de programación que acaban convirtiéndose en *backdoors*, el problema es descubrirlos. En el sistema operativo Windows aparecían continuamente *backdoors* que obligaban a Microsoft a proporcionar de forma gratuita los parches para solucionar el problema.

nerabilidades ni tan siquiera existen, o que se han descubierto en la misma Microsoft por los mismos que hicieron el programa, y que ahora con esos parches las están divulgando.

—Eso es cierto, te dan el parche y te dicen dónde está el agujero, ahora yo sólo tengo que buscar a alguien que no se haya bajado el parche y craquearlo a saco.

Se reían todos, con los dados en la mano.

Estaban en casa de Rafa, que había empezado primero de Telecomunicaciones. Estaba contento de ser «un Teleco», de hacer la carrera más difícil. David sabía que una licenciatura era más, estrictamente hablando, que una ingeniería, por muy superior que fuese, pero el prestigio de las ingenierías había llegado a tal punto que hacer una ingeniería parecía más importante que hacer una licenciatura en Física, y el *numerus clausus* de la ingeniería superior de Telecomunicaciones estaba un punto más alto que el de Física (aunque David habría entrado perfectamente en cualquier carrera con su nota). El padre de Rafa tenía un estudio en la segunda planta de su chalet con cientos de libros, muchos eran enciclopedias, atlas o colecciones con volúmenes que aún estaban por abrir. Jugaban en una mesa de madera, unos sentados en sillas altas, otros en sillones, estirándose para llegar a la mesa. David se aburría con aquel juego, no le había gustado nunca el rol, lo encontraba infantil, pero cada vez estaba más de moda y se sorprendía de encontrar que gente completamente madura lo practicaba.

En la calle estaba lloviendo desde hacía horas, a veces había rachas que sonaban como granizo, aunque sólo eran gruesas gotas que caían a gran velocidad.

Se acordaba de su amiga Ana. No había cumplido aún su promesa de llamarla. Pensó en hacer una llamada el viernes, al día siguiente de conocerla, pero habría sido muy precipitado. Lo que hizo fue venirse a Denia. Tenía, de todas formas, la idea de llamarla la próxima semana para quedar para el jueves o el viernes.

—¿Qué te encuentras por ahí por internet, Luis? —preguntó David, por curiosidad.

—Pues de todo. El otro día entré en la CIA, que tiene una página *web*, o en la NASA. También puedes entrar en la Moncloa o donde quieras. A lo mejor te encuentras a un tonto que ha dejado unas fotos suyas, sin más. No sabes nunca dónde puedes acabar. O también puedes coger un buscador y buscar por palabras.

—¿Como en una biblioteca?

—Más o menos, pero te encuentra páginas *web* que tengan esa palabra, no sé cómo lo hace. Lo normal que hago es meterme en el directorio de Yahoo!, y por ahí voy encontrando cosas.

—Es interesante.

—Sí, yo todos los días me tiro un buen rato cuando se va el jefe. A veces también me hace mandar un *e-mail*, puedes escribir un mensaje todo lo largo que quieras y mandarlo a Alemania, por ejemplo, como si fuera un fax.

—Joder, qué chulo —David parecía interesado, se hacía la imagen del módem como una especie de aleph de Borges, una ventana de infinitas posibilidades—. ¿Y no sabes cómo hacen esas páginas? Las programarán en Basic, supongo.

—No lo sé, pero creo que no. Dice mi jefe que es un lenguaje que se llama HTML y que es muy fácil de programar —dijo Luis.

—Joder, tengo que aprender eso.

—¡Tú siempre lo tienes que aprender todo! —sus amigos le tomaban el pelo. Preferían seguir con su juego que comentar cosas de internet.

Estaba lloviendo demasiado y decidieron que no iban a salir. Convencieron a Luis para que los llevara en coche a sus casas. David era el último en bajarse, iban los dos solos en el coche, uno conduciendo y el otro sentado detrás.

—¿Te parece que hagamos una página *web*? —dijo David, un poco en broma.

—Venga ya, David, te apuntas a un bombardeo. ¿Tú no programabas en Basic? Pues intenta saber eso perfecto y luego ya aprendes otra cosa.

—Basic está pasado, quiero ver eso de internet.

Entró en su casa. Sus padres se habían marchado, su madre le había dejado una nota encima de la mesa de la cocina que decía que se hiciera una *pizza*. Miró en el congelador y sólo había dos *pizzas* baratas, de jamón y queso, que sabían fatal hechas al horno eléctrico. Puso el horno a calentar y encendió el radiador del comedor. Su padre trabajaba en una fábrica de pinturas, a la entrada de Denia, y su madre limpiaba oficinas por horas.

Tenían un televisor Philips, una excelente compra de su padre que ya tenía ocho años. Se puso a ver los concursos del sábado por la noche. Había festivales para divertir a la tercera edad y alguna película vieja, pero nada interesante.

Se acordaba de la noche del concierto, los besos de Ana y la promesa de volver a verse. Le daba vergüenza toda su vida de Denia, sus padres le parecían ignorantes, sus amigos tontos que no valían para nada. Toda la vida de la facultad, la gran ciudad, Ana era un mundo de grandeza nuevo para él. Su piso pequeño, los cables de la luz por fuera, las estanterías baratas de conglomerado chapado, la televisión vieja y con un solo altavoz, las broncas de su padre por encender la estufa, cuando había una humedad malsana y él ya venía resfriado de Valencia, le producían una silenciosa mezcla de rencor y complejo de culpa.

Desde pequeño, siempre tuvo problemas con su padre. Como era el mayor de dos hermanos, siempre había ido abriendo el camino y recibiendo la mezcla de inseguridad y egocentrismo que inspiraba el carácter autoritario de su padre. Recordaba todas las peleas que tuvo con él para que le comprara un ciclomotor para moverse por Denia, cuando todos sus amigos ya tenían uno, o para comprarse sus primeros Levi's, un anhelo que en aquel momento le parecía estúpido,

pero que lo hizo sufrir como ninguna otra cosa en la vida. Si su padre estaba en casa, no pasaban cinco minutos sin que se oyeran sus gritos. Su hermana Olivia no hacía mucho caso, pero el carácter de David chocaba una y otra vez con el de su padre.

Estaba contento de estar solo, tranquilo sin escuchar a nadie. Cuando la *pizza* estuvo hecha, se la puso en un plato y se la llevó al comedor. ¿Qué pasaría con Ana? Esperaba salir con ella, le había encantado su forma de ser. La veía tan lejos de toda aquella mezquindad que lo rodeaba que creía que ya se había enamorado de ella.